

Juventudes y masculinidades desde los márgenes. Experiencias socioculturales de jóvenes en reclusión

Zebadu#a Carbonell, Juan Pablo; Castillo Herna#ndez, Ana Laura

Juventudes y masculinidades desde los márgenes. Experiencias socioculturales de jóvenes en reclusión

NÓESIS. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, vol. 25, núm. 50-1, Esp., 2016

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85969768004>

DOI: <https://doi.org/10.20983/noesis.2016.21.4>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Juventudes y masculinidades desde los márgenes. Experiencias socioculturales de jóvenes en reclusión

Youth and masculinity from the margins. Sociocultural experiences of young people in detention

Juan Pablo Zebadúa Carbonell jpcarbonell@gmail.com

Universidad Autónoma De Chiapas, México

Ana Laura Castillo Hernández ana_laura_265@hotmail.com

Universidad Autónoma de Chiapas, México

NÓESIS. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES, vol. 25, núm. 50-1, Esp., 2016

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México

Recepción: 24 Abril 2016

Aprobación: 30 Septiembre 2016

DOI: <https://doi.org/10.20983/noesis.2016.214>

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85969768004>

Resumen: El propósito de este artículo es dar cuenta de las masculinidades juveniles experimentadas en lo que hemos denominado desde los márgenes, en este caso de jóvenes varones que se encuentran privados de su libertad en el Centro de Internamiento Especializado para Adolescentes (CIEA) Villa Crisol, en el municipio de Berriozábal, Chiapas. Se analizan los contextos de encierro y las estrategias socioculturales que estos jóvenes plantean para convivir y socializar que, a su vez, permiten conocer la pluralidad de experiencias y vivencias de varones de acuerdo con su condición de clase, edad, orientación sexual, género, etnia y color de piel. De esta forma, (re)construyen sus masculinidades, muchas de las veces invisibilizadas, marginadas u oprimidas dentro de un amplio entramado de relaciones de poder.

Palabras clave: Masculinidades, juventud, reclusión, hegemonía, marginalidad.

Abstract: The purpose of this article is to give an account of youth masculinity experienced in what we have called from the sidelines, in the case of young men who are deprived of their liberty in internment Specialized Center for Adolescents (CIEA) Villa Crisol, in Berriozábal municipality, Chiapas. The prison inmates and sociocultural strategies that these young people to live and socialize pose that, in turn, provide insight into the plurality of experiences and experiences of men according to their class, age, sexual orientation, gender, ethnicity analyzed and skin color. Thus, (re) construct their masculinity, many times invisible, marginalized or oppressed within a broad framework of power relations.

Keywords: Masculinity, youth, detention, hegemony, marginality.

Introducción

En este artículo se pretende discutir sobre aquellas juventudes y masculinidades que son consideradas subalternas; al mismo tiempo, contextualizar los hallazgos de una investigación realizada durante el periodo de diciembre del 2014 a junio del 2015, en el centro de Internamiento especializado para adolescentes (CIEA) villa crisol, ubicado a las afueras del municipio de berriozábal, en el estado de chiapas.

¿cuáles son las experiencias de jóvenes en relación con su masculinidad en un contexto de reclusión? Y ¿cuáles son las trayectorias de vida de jóvenes que han sido recluidos en el CIEA villa crisol? Estas

son algunas interrogantes que permiten conocer y analizar *co#mo* se vive este nuevo proceso de construccio#n-reconstruccio#n de masculinidades frente al encierro, adema#s de comprender los sentidos y significados de “ser hombres” en tanto que son primariamente jo#venes.

El intere#s por el estudio de masculinidades juveniles en reclusio#n, obedece a que son varones jo#venes los que generalmente ingresan a tutelares para menores, siendo una diferencia considerable respecto al nu#mero de mujeres reclusas. Este elemento hace posible el estudio de la construccio#n masculina juvenil en un contexto de reclusio#n, considerado como la privacio#n de la libertad durante un tiempo estipulado, dependiendo del proceso de desahogo de pruebas, el comportamiento del joven una vez sentenciado, asi# como de las poli#ticas pu#blicas en turno.

En ese sentido, el objetivo central de este arti#culo es dar cuenta de las masculinidades experimentadas desde los ma#rgenes, ya que estos actores comparten posiciones sociales, simbo#licas a las que son confinados un amplio grupo de jo#venes, pobres, con problemas familiares y econo#micos; desechados por un sistema escolar al que no se ajustan; que no cumplen con un modelo hegemo#nico de masculinidad adulta, heterosexual, de clase media, que no son jefes de familia y que si bien nos encontramos en un contexto de poblacio#n mestiza e indi#gina, los rasgos occidentales siguen siendo el referente de un ideal de “ser hombre” construidos y compartidos socialmente. Goffman (1963) nos ilustra desde el contexto norteamericano de mitad de siglo XX que, no obstante, cobra sentido en este estudio por exemplificar como se construye un modelo hegemo#nico de masculinidad atravesado por la clase social, orientacio#n sexual, lugar de origen, escolarizacio#n, corporalidad y gustos:

(debe ser) un joven, casado, blanco, urbano, heterosexual, norten#o, padre, protestante de educacio#n universitaria, empleado a tiempo completo, de buen aspecto, peso y altura, con un re#cord reciente de deportes. Cada varo#n estadounidense tiende a observar el mundo desde esta perspectiva...todo hombre que falle en calificar en cualquiera de esas esferas, es probable que se vea a si# mismo...como indigno, incompleto e inferior (Goffman, 1963: 128).

De tal modo que a lo largo de este texto se define la masculinidad como una construccio#n gene#rica, desplegada a trave#s de determinadas pra#cticas, actividades, formas de pensar, de sentir, que dotan de sentido y pertenencia al individuo en sociedad. La masculinidad se desempen#a, segu#n lo#pez moya: “en tanto que otorga prestigio social a ciertos hombres constituyendo un sistema de poder y de dominacio#n gene#rica” (Lo#pez Moya, 2010: 114).

En este sentido, pensamos al CIEA villa crisol como una institucio#n disciplinadora que se encarga tanto de castigar como de reorientar el comportamiento y la masculinidad como un dispositivo de poder que recobra su sentido con la modernidad, los cuerpos individuales de estos jo#venes representan al cuerpo social, una realidad biopoli#tica que es intervenida y controlada todo el tiempo, ya no solo desde poli#ticas

pu#blicas o instituciones como la familia, la iglesia, la ca#rcel o el estado, sino desde el autocontrol.

Foucault (2012), a lo largo de sus trabajos sobre poder y prisiones, coloca el cuerpo como el campo de batalla de las luchas de poder, considera las disciplinas como el gran descubrimiento de la modernidad: “es decir los sistemas de vigilancia continua y jerarquizada...descubrimiento importante de la tecnolog#a poli#tica” (Foucault, 2012 57). Disciplinas desplegadas en biopoderes precisos que se trasladan a biopoli#ticas de la poblaci#n, el suen#o del capitalismo moderno del siglo XIX: crear cuerpos do#ciles, normalizados, dominados por ellos mismos.

Una mirada desde los Estudios Culturales

Uno de los propo#sitios de los Estudios Culturales y de todo conocimiento que se situ#e desde los intersticios de las disciplinas cla#sicas, reside en conocer y analizar las miradas de aquellos sujetos que han sido oprimidos y marginados histo#ricamente. En este sentido, hablar de masculinidades juveniles en un contexto de reclusio#n, surge principalmente en dos momentos claves contempora#neos que esta#n inter-conectados. El primero, es la ruptura en las relaciones de ge#nero a partir de movimientos feministas y de una “perspectiva ge#nero”[3] que permitio# pensar al hombre como un ser gene#rico. Por lo tanto, es impor-tante hacer hincapie# en la importancia de la categori#a de ge#nero como una de las categori#as centrales del feminismo, que posteriormente dara# pie a los estudios sobre masculinidades.

El segundo momento clave se presenta cua#ndo, principalmente, desde los Estudios Culturales se busca dar voz a aquellos sujetos que se encuentran en los ma#rgenes de un sistema, pero que al mismo tiempo desde esas periferias irrumpen discursos y pra#cticas de resistencia. De tal manera que al hablar de “masculinidad”, como una construccio#n sociohisto#rica, cultural, simbo#lica, generalizada y compartida en la sociedad -en este caso mexicana- sobre el “ser hombre”, es importante hablar de diferentes masculinidades pues existen correlaciones mu#ltiples, experiencias disi#miles de vivir la masculinidad, identidades disidentes, contestatarias u olvidadas.

Por tanto, dirigir la mirada a varones de cierta clase social responde tambie#n a una caracteri#stica de los Estudios Culturales que se han ocupado de las “culturas tradicionalmente marginadas, incluyendo grupos subalternos o de comunidades que han sido desprestigiadas por su raza, sexo y preferencia sexual, tomando como objeto de estudio toda expresio#n cultural” (Szurmuk e Irwin, 2009: 10). Por otra parte, pensar a los jo#venes como actores sociales, constructores de historia y cultura, tiene que ver con reconocer esas identidades subordinadas a un modelo adultocentrico imperante en las ciencias sociales.

Pensar al “hombre” como ser gene#rico

Pensar al hombre como un ser gene#rico, al varo#n como una construcció#n masculina, ha sido gracias a los estudios feministas y la necesidad de pensar a los hombres ma#s alla# de ser solamente “seres humanos”. El concepto de ge#nero se ha entendido como una manera de referirse a los ori#genes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de los hombres y de las mujeres; como una asignació#n social impuesta sobre un cuerpo sexuado, de tal manera que los cuerpos son sojuzgados a partir del ge#nero que se les ha establecido (incluso antes de nacer), atravesando diferentes dimensiones sociales, culturales, poli#ticas, econo#micas y biolo#gicas del ser humano y entran#a relaciones complejas de poder. La divisió#n del sistema sexo/ge#nero es, segu#n rubi#n: “un conjunto de disposiciones por el cual la materia prima biolo#gica del sexo y la procreació#n humana es conformada por la intervenció#n humana y social, y satisfecha en una forma convencional” (Rubi#n, 1986: 103).

Es asi# que los atributos fi#sico-biolo#gicos, son configurados y dispuestos de manera social, de acuerdo a un ge#nero. El ge#nero es histo#rico, cambiante y definible segu#n cada contexto cultural, las relaciones sexo-ge#nero vari#an en cada sociedad y cultura, como producto socialmente construido, estructura las acciones y la vida social de los individuos a partir de diferencias, desigualdades y relaciones de poder (Scott, 1996). Esta categorí#a se ha integrado como una herramienta de ana#lisis de las pra#cticas sociales gene#ricas de un determinado momento histo#rico, para luego convertirse en una perspectiva que, desde la academia, busca develar las desigualdades existentes entre hombres y mujeres. Sin embargo, el mismo scott sen#ala que los alcances no fueron siempre los esperados, la palabra ge#nero ocultaba las tensiones y relaciones de poder, al mismo tiempo que no se enunciaba a la mujer o al hombre. Aqui#, la respuesta conceptual y metodolo#gica consistio# en enfatizar categorí#as que en otros campos o momentos han sido complementarias o trabajadas colateralmente, de tal manera que al centrarse en ellas potencialice su transformació#n. En pocas palabras, los estudios de las masculinidades no pueden constituirse como tales sin los estudios de ge#nero.

La segunda mitad siglo XX inicia con una serie de sucesos como la revolució#n sexual, la segunda ola de feminismos, movimientos en pro de la reivindicació#n de las mujeres, de minorí#as e#tnicas, poli#ticas y sexuales, aunado a un contexto de industrializació#n, migraciones, insercio#n masiva de las mujeres al mundo laboral, peri#odos entre guerras, auge de los medios audiovisuales de comunicació#n, etc. La autonomí#a corporal asi# como la movilizació#n poli#tica e ideolo#gica, fueron fundamentales para generar cambios identitarios de las mujeres y trastoco# todo un sistema gene#rico.

Especí#ficamente durante la de#cada de los noventa comienza el estudio de los hombres. La masculinidad cobra importancia en a#reas tanto acade#micas como poli#ticas, develando relaciones de poder

histo#rico sobre hombres y mujeres; poderes instituidos desde nuestros cuerpos, instituciones familiares, escolares, religiosas, tutelares, medios masivos de informacio#n y comunicacio#n, poli#ticas internacionales traducidas en poli#ticas pu#blicas. Kimmel (1992) sen#ala que los estudios de las masculinidades, son diversos en cuanto a corrientes acade#micas, literarias, contextos histo#ricos, poli#ticos y escuelas de pensamiento. Sin embargo, la hazan#a de estos estudios, au#n siendo diferentes, es considerar a los hombres como pertenecientes a un ge#nero y que tanto la masculinidad como la femenidad son una produccio#n y reproduccio#n contextual continua:

La masculinidad se construye socialmente cambiando; desde una cultura a otra, una misma cultura a trave#s del tiempo, durante el curso de la vida de cualquier hombre individualmente y entre diferentes grupos de hombres segu#n su clase, raza, grupo e#tnico y preferencia sexual (Kimmel, 1992: 135).

Estudiar a los jo#venes en este caso conlleva ver como el ge#nero y el poder transversalizan sus relaciones, sus pra#cticas, sus pensamientos y sentires en tanto que son jo#venes masculinos, pero adema#s como establecen relaciones jera#rquicas y se posicionan dentro de estas, segu#n el grupo social de adscripcio#n, la etnia, el lugar de origen, la lengua, el color de piel, la edad, la orientacio#n sexual o el delito por el cual se encuentran recluidos en el CIEA Villa Crisol. Lo anterior significa concebir el poder ma#s alla# de una posesio#n o ejercicio unidireccional, sino como una relacio#n de fuerzas, relaciones multidireccionales que dificultan su visibilidad. La consolidacio#n de la masculinidad es, entonces, una construccio#n biopolí#tica corporal, una accio#n fundada en el control de la sexualidad, la administracio#n de la reproduccio#n, funciones detentadas de manera transversal por instituciones como la escuela, la familia, la iglesia y en otros casos las instituciones penales como los reformatorios o las ca#rcceles.

Los procesos de configuracio#n de la identidad masculina se encuentran en una red o estructura de posiciones simulta#neas que tejen diferentes trayectorias individuales, con sus propias actualizaciones, rupturas, continuidades, unas socialmente ma#s valoradas que otras:

La masculinidad que ocupa la posicio#n hegemo#nica en un modelo dado de relaciones de ge#nero, una posicio#n siempre disputable...el concepto de hegemoni#a, derivado del ana#lisis de gramsci de las relaciones de clases, se refiere a la dina#mica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posicio#n de liderazgo en la vida social (Connell, 1997: 41).

Esto significa la exaltacio#n cultural de una forma de masculinidad por encima de otras con el fin de preservar el poder. La autora subraya que hay que verla de forma relacional, es decir, la hegemoni#a como una relacio#n histo#ricamente mo#vil, donde existen relaciones especi#ficas de dominacio#n y subordinacio#n entre grupos de hombres, por ejemplo, el poder de hombres heterosexuales sobre hombres homosexuales. Pero para que exista una masculinidad hegemo#nica, que ma#s que una realidad se vuelve el ideal normativo, existen otras masculinidades co#mplices, marginales o subordinadas. Puesto que estas relaciones de

dominio no suelen ser unidireccionales ni fijas, sino situacionales, un sujeto puede figurar como subordinado o privilegiado, al mismo tiempo, en distintos campos. En palabras de De Barbieri “las/os dominadas/os tienen un cambio de posibilidades de readecuaci#n, obediencia aparente pero desobediencia real, resistencia, manipulaci#n de la subordinaci#n...se vuelven espacios contradictorios, inseguros, siempre en tensi#n” (De Barbieri, 1992: 123-124).

Es por esto por lo que se llaman masculinidades desde los ma#rgenes y no marginadas, para hacer alusio#n a una posicio#n o a un campo de accio#n, ma#s que a un estado cristalizado. En estas interacciones cotidianas: “la masculinidad es un conjunto de significados siempre cambiantes que construimos a trave#s de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo” (Kimmel, 1997: 40), las relaciones de dominaci#n intra e interge#nero responden a estas hegemoni#as histo#ricas, empero, resaltando lo “relacional” de las masculinidades, aunque algunas se situ#en en los ma#rgenes de ciertos campos sociales o permanezcan como subordinadas, en otros muy seguramente se posicionara#n como hegemoni#a o ejercera#n poder sobre otras puesto que las posiciones se van disputando, negociando y reafirmando.

Masculinidades y contextos juveniles

Es asi# que los varones jo#venes significan y dan sentido a un tipo de masculinidad al margen de una adulta, pero tambie#n hegemo#nica en otros campos, dependiendo del contexto. Algunos elementos adjudicados a cierto momento generacional o etapa conocida como la juventud, puede definirse como la “fase de vida individual comprendida entre la pubertad fisiolo#gica (una condicio#n natural) y el reconocimiento del estatus adulto (una condicio#n cultural)” (Feixa, 1988: 16).

La categori#a de juventud emerge triunfalmente con la modernidad, pero comparte algunas similitudes con otros momentos histo#ricos, principalmente la elaboraci#n de rituales de iniciaci#n o de paso, que se atribuyen cambios fi#sicos que significan la entrada a la constituci#n de una identidad gene#rica que conlleva socializaciones diferenciadas. No obstante, la idea de juventud siempre ha constituido una necesidad sociohisto#rica por hacerla presente:

La juventud forma parte de esa necesidad social por definir y envolver en diversas abstracciones y construcciones sema#nticas a ese sector que deambula y se escabulle, que no se define per se sino por su indistinta y multivariada manera de aprehender e identificarse con la realidad (Zebadu#a, 2009: 43).

A partir del siglo XX estos debates “se aglutinaron alrededor de dos polos: el biolo#gico me#dico-psicolo#gico y el sociolo#gico-antropolo#gico” (Urteaga y Sa#enz, 2010: 284), aunque ya se elaboraban trabajos relacionados con la juventud no se autodenominaban “estudios de la juventud”, por lo que en muchos de los casos, el te#rmino de la edad era fundamental, segu#n la dicotomi#a que observan los autores.

Bourdieu (1990) señala que “las clasificaciones por edad vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar” (Bourdieu, 1990: 119). Al igual que las clasificaciones por clase, sexo o raza, en los rangos de edad se engloban a todo un sector social basado en la edad biológica. Bourdieu (1990), nos dice que la edad es un dato biológico socialmente manipulable, lo que complejiza la relación entre la edad biológica y lo que podemos llamar edad social.

Por su parte, Valenzuela (2009) describe la edad como parte de procesos socialmente diferenciados de envejecimiento que corresponden a dos dimensiones; una diacronica y otra sincronica. Es decir “el tiempo social imprime marcas disímiles a partir de elementos que definen la heterogeneidad y la desigualdad en los ámbitos diacronicos” (Valenzuela, 2009: 22). En la actualidad el rango de la juventud se ha extendido (según el INEGI, 2012) desde los 14 a los 29 años. Estas edades sociales cambiantes obedecen a condiciones de existencia que se viven más o menos aceleradas al pasar a diferentes estadios históricos. Valenzuela establece que también en los ámbitos sincronicos se viven diferentes edades acordes a la intensidad de tiempo social: “que definen formas diferentes de envejecimiento entre personas de distintas clases sociales” (Valenzuela, 2009: 34).

Por lo que se puede observar en los párrafos anteriores, la abstracción por la que pasa el concepto se afianza, en primer lugar, como un principio arbitrario, socialmente constituido y desde las distintas esferas de poder en donde se realiza (Zebadu#a, 2009). De esta forma, es preciso hablar de distintas juventudes o de diversas formas de construir la condición juvenil, porque la propia concepción de “joven” limitaba a ese conjunto de colectivos que desde diferentes contextos sociales, económicos, políticos y culturales se reconstruyen significativamente y que ahora pueden ser observados desde sus múltiples formas de posicionarse.

En este sentido, las categorías de “jóvenes” y “juventudes” emergen ahora como una plataforma explicativa que da cuenta de un sector de población que, si bien no fue parte de las agendas de las ciencias sociales consideradas como “clásicas”, irrumpió ahora como toda una escuela de pensamiento que despliega al campo de lo juvenil como parte de un complejo *constructo* donde las propias agencias sobre cómo se incluyen en los actuales contextos genera ya todo un importante discurso desde la cultura y propone la necesidad de repensarlos y resignificarlos, toda vez que forman parte de las tensiones de esta realidad actual.

Desde luego, esto puede analizarse desde distintos horizontes porque, justamente, las juventudes no se limitan a un solo anclaje de conocimiento; por el contrario, la expansión de su análisis es lo que conlleva su observación desde un punto de vista crítico:

Si comparamos a los jóvenes de la clase dominante, por ejemplo, a todos los jóvenes que entran en la escuela normal superior...de administración... Etc., veríamos que estos “jóvenes” tienen más atributos propios del adulto, del viejo, del noble, del notable, cuanto más cerca se encuentran del polo del poder. Cuando pasamos de los intelectuales a los gerentes generales, desaparece todo lo que da un aspecto joven... (Bourdieu, 1990: 120).

Así#, un joven puede serlo o no en tanto este# en la mira institucional de la moral social con que se escudrín#a, desarrollado en un marco de exclusio#n “edadista” en donde lo que se pondera como ma#s importante es la edad y la inherente madurez que e#sta conlleva. Es obvio pensar que quienes no comparten esta visio#n pueden ser considerados marginales a este estado de cosas que gestiona la normalidad como algo inmutable. Estas juventudes se vuelven centro de atencio#n por las crisis educativas, econo#micas, familiares, poli#ticas y religiosas en las que se desenvuelven. Son vulnerables a la poca oferta de trabajo, tambie#n lo son desde las drama#ticas interrogantes que la institucio#n familiar vive actualmente, a las recurrentes e inacabables crisis econo#micas nacionales, etc.

Reclusio#n juvenil en Chiapas: contexto geogra#fico e institucional

Hablar de jo#venes recluidos en el CIEA villa crisol implica no so#lo una condicio#n de edad cronolo#gica, sino tambie#n los procesos sociohisto#ricos que construyen un tipo de juventud en relacio#n a ciertos contextos, actividades, imaginarios, rituales de adscripcio#n, a una generacio#n y a las denominaciones institucionales. Segu#n la Encuesta Nacional de Juventud (2011), en Chiapas existen 1.67 millones de jo#venes, de los cuales hay 857 mil mujeres y 806 mil hombres y es una de las ocho entidades del paí#s que concentra una poblacio#n mayoritariamente joven en rangos de edad de 12 a 29 an#os. Sin embargo, los ritmos sociales de vida permiten diferenciar que hay quienes no consideran la etapa de juventud vivida, pues parte de la poblacio#n en esos rangos de edad han trabajado desde pequen#os o pertenecen a comunidades rurales o indi#genas y no necesariamente han tenido una etapa de moratoria hacia la adultez.

Por otra parte, algunos de los indicadores ma#s altos del CONEVAL (2010) es la ausencia de seguridad social, la incertidumbre en materia de vivienda, junto con el rezago educativo. Es la principal referencia contextual en la que se desenvuelven estos jo#venes, asimismo, la entidad cuenta con un porcentaje muy alto de poblacio#n en pobreza lo cual ha aumentado un 1.5% del 2012 al 2014; segu#n el CONEVAL (2014) en la “evolucio#n de la pobreza y pobreza extrema nacional del 2010-2014” la poblacio#n en extrema pobreza ha disminuido un 6.5% desde 2010 a 2014.

La poblacio#n carcelaria en el estado, al igual que lo largo del paí#s, suele ser poblacio#n en situacio#n de marginalidad o extrema pobreza. Quienes esta#n en los tutelares para menores son parte de estas casi inamovibles cifras de distribucio#n econo#mica, sin embargo, hay que pasar de criminalizar la pobreza a explicar los mecanismos que conllevan.

En la poblacio#n de Berriozá#bal, Chiapas, se encuentra el CIEA Villa Crisol, uno de los tutelares estatales, en donde se mantienen recluidos jo#venes originarios de diversos contextos como los municipios de tuxtla Gutie#rrez, Yajalo#n, Simojovel, San Cristo#bal de las Casas, Ocosingo o de otros estados (Veracruz y Michoaca#n) o paí#ses como el Salvador y Honduras. Berriozá#bal sobresale en la regio#n por el mayor nu#mero de

localidades rurales y por su alto índice de marginación, segú#n el censo de población#n y vivienda 2010.

El rango de edades de los jóvenes que ingresan al CIEA Villa Crisol es de 12 a 25 años[4], ante la ley se consideran adolescentes de 12 a 18 años y adultos jóvenes hasta los 25 años; suelen cumplir condenas hasta de 10 años, segú#n el delito. En general, las razones de ingreso son robo, pandillerismo, daños a salud, violación#n, homicidio, o golpes a terceros. La mayoría proviene de colonias urbanas marginadas de la capital del estado como Patria Nueva, la 24 de Junio, las Granjas, la Reliquia o Tera#n por mencionar algunas, otra minoría proviene de ciudades denominadas zonas agro#colas o selva#ticas, en otros casos de comunidades indí#genas.

Estas personas pertenecen a una clase social pobre, generalmente sus historias familiares han sido problemáticas; las condiciones de pobreza pueden observarse en la discontinuidad de las visitas que pueden prolongarse hasta por siete meses. Otro aspecto que los vuelve vulnerables es su casi o nula escolaridad, algunos han terminado primaria o secundaria y una mí#nima parte se encuentra cursando la preparatoria o incluso la universidad. Su cuerpo denota rasgos de desnutrición#n o algunos problemas de la piel, su vestimenta y su higiene se encuentran al margen de sus propias posibilidades de bienestar.

Estos jóvenes son, al mismo tiempo, producto y productores de significados juveniles de masculinidad, que no corresponden ú#nicamente a un segmento poblacional aislado que ha quebrantado la ley y las normas, sino son varones educados en un sistema gene#rico patriarcal y desigual, justificados en las condiciones delictivas y violentas en las que socializan como hombres pero ademá#s, como estadio doblemente vulnerable, de posible desviación#n. Sin embargo, existe una educación#n o reeducación#n sobre su masculinidad por parte de la institución, ya que comparte formas con las otras instituciones estructuradoras del ser hombre. Un ejemplo de ello es la organización#n sexo/género en los espacios de reclusión#n, en su mayoría espacios ocupados por los varones jóvenes, de igual forma en los trabajos elaborados, los valores fomentados y las disposiciones corporales, las actividades de ocio, las exigencias de ser “hombrecito” y aguantar el encierro.

La función de estos tutelares es parado#jica, si bien son consideradas instituciones reformatorias para quienes se han “desviado”, pareciera que los estigmatiza:

El sistema capitalista pretende luchar contra la criminalidad, eliminarla por medio de un sistema carcelario que no hace, justamente, más que producirla...el criminal producido por la prisión#n es un criminal útil, útil para el sistema (Foucault, 2012: 58).

Para Foucault (2012) las prisiones eliminan al ser social para imponerle un tipo de relaciones dominantes, señal que el acto delictivo en sí# puede ser una representación#n de la inconformidad social, pero pasa a ser aplastado por la gran maquinaria judicial.

Entre los jóvenes del CIEA Villa Crisol, considerarse como tales implica una constante contradicción#n con el modelo que, en teoría,

jama#s alcanzara#n para ser “verdaderos hombres”: maduro, trabajador, mayor de edad, casado, estudiante o profesional, responsable de familia. Para ellos, parte de su construccio#n de juventud es lo que los identifica con sus pares de edad, de barrio o delito; que suelen describir como tiempo de loquera, de diversio#n, de irresponsabilidad, de la mu#sica, algunas novias, drogas, errores, pero al mismo tiempo buscan ese ideal de hombre joven.

Por tanto, en un primer momento se aprecian dos formas divergentes de reconocerse y asumirse, por un lado ser joven y por el otro ser hombre (referencia a adulto), pero en un segundo momento podemos observar que las construcciones tanto de hombre adulto u hombre joven se entrelazan en un sistema de relaciones de poder que incorpora y reproduce de manera diferenciada elementos simbo#licos de virilidad determinados en gran medida por su condicio#n de ge#nero.

No dejan de estar presentes las humillaciones o la desvalorizaci#n del tipo de masculinidad juvenil, pobre, delincuente y privada de muchas cosas que han incorporado, ya sea de discursos institucionales, familiares, de los medios de comunicacio#n, la publicidad, de las iglesias que van cada semana al CIEA Villa Crisol, de los profesores, trabajadores sociales, criminologos o psico#logos que los atienden. Es decir, comparten un estigma que se burlan de e#l o le sacan provecho. Estos jo#venes elaboran una construccio#n identitaria masculina contradictoria a una hegemoni#a masculina adulotoce#ntrica y de clase, pero al mismo tiempo que pueden ser marginados en otros espacios, en e#ste significa ejercer algunas veces ciertos privilegios.

En voz de Juan, despue#s de escuchar una pla#tica con el personal psicopedago#gico, dice: “Ellos piensan que conocen y tiene sus formas de pensar, pero no saben que nosotros tenemos la escuela de la calle” (DC[5], junio, 2013). Ello evidencia que tienen otras herramientas y capitales sociales que les son u#tiles en contextos de continua violencia, sobrevivencia y pobreza, que no encajan con los discursos del desarrollo, rehabilitaci#n o educaci#n de estas instituciones.

Por otro lado, ser de calle, cholo o de pandilla dentro del CIEA Villa Crisol es un capital social muy importante, incluso es un tipo de hegemoni#a masculina juvenil que se construye a partir de compararse y opacar a los jo#venes que provienen del campo o de comunidades indi#genas, los cuales no tienen tanto peso o no son parte de los grupos mayoritarios.

Otro reto es mantener un estatus de hombri#a, si bien no son considerados del todo como hombres u “hombres cabales” como llama Lo#pez Moya (2010) a las masculinidades dominantes de un contexto por encontrarse en un estadio entre adolescente-joven; al mismo tiempo, no deben dejar de ser heterosexuales, sin cabida a pra#cticas homosexuales o afeminadas, las cuales a veces son mencionadas como parte de juegos de palabras, nunca hablado abiertamente, puesto que en el sistema gene#rico de los sexos ser mujer es sino#nimo de ser dominada o con menor fuerza y poder que los hombres. En un contexto donde las relaciones de poder se

viven crudamente a través de y en el cuerpo, hay que exaltar el poder de lo masculino sobre lo femenino.

Para Bourdieu (2000) las relaciones sociales de dominación y de explotación instituidas entre los sexos se inscriben en dos clases de hábitos diferentes, bajo la forma de *hexis corporales* opuestos y complementarios, que conducen a clasificar todas las cosas del mundo, seguidos de la oposición entre lo masculino y lo femenino:

Corresponde a los hombres, situados en el campo de lo exterior, de lo oficial, de lo público, del derecho, de lo seco, de lo alto, de lo discontinuo, realizar todos los actos a la vez breves, peligrosos y espectaculares, que, como la decapitación del buey, la labranza o la siega, por no mencionar el homicidio o la guerra, marcan unas rupturas en el curso normal de la vida; por el contrario, a las mujeres, al estar situadas en el campo de lo interno, de lo humilde, de abajo, de la curva y de lo continuo, se les adjudican todos los trabajos domésticos, es decir, privados y oculto (Bourdieu, 2000: 45).

Los jóvenes del CIEA señalan que, más que sentirse hombres adultos, se sienten como adolescentes que han vivido desenfrenadamente; se han equivocado y por eso están en el CIEA Villa Crisol. Apuntan constantemente que tener pláticas religiosas, talleres, clases y estar encerrados, los ha hecho recapacitar para madurar y ser hombres de bien, por lo que la juventud es esa contraparte que significa locura, fiestas o delincuencia y ese camino los ha llevado a donde están ahora.

Es decir, una masculinidad juvenil que se mide diferente a la feminidad, luego a una masculinidad adulta, o al ser hombres (que pertenece a los varones adultos) se vuelve el nuevo ideal o el discurso sobre lo deseable para lograr una reinserción social.

Sistema penal: criminalización de la pobreza

La Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2016 estima “a nivel nacional que el 59.1% de la población de 18 años y más considera la inseguridad y la delincuencia como el problema más importante que aqueja hoy en día en su entidad federativa, seguido del desempleo con 40.8% y la pobreza con 31.9%” (INEGI, 2016).

A la par de estos porcentajes de percepción, se encuentra inherentemente la criminalización de la juventud de cierta clase social, por ser considerados violentos, delincuentes u homicidas en potencia, razones que tiene que ver con las funciones históricas que cumplen los tutelares para menores. Estereotipos reforzados por los mismos individuos estigmatizados, para responder a una sociedad que los discrimina, al mismo tiempo que para ellos significa excluir al otro que lo ha excluido.

Estas lógicas de exclusión mutua y automarginación, alimentan el círculo de criminalización de la pobreza, especialmente a los jóvenes varones. El tinte masculinizado de la delincuencia obedece a una especie de socialización propia de la conformación de la identidad masculina a nivel nacional y estatal.

El régimen de la violencia, la virilidad, la fuerza, el poder, el dominio y el vandalismo están fuertemente asociado a una socialización masculina en contraste con una socialización femenina que remite a la docilidad, obediencia, bondad o debilidad, diferencias reflejadas en los altos porcentajes de población varonil en los centros de internamiento para adolescentes a diferencia de una mínima proporción femenina, según el Anuario Estadístico y Geográfico por Entidad Federativa 2015, los menores registrados en los Consejos Tutelares de Menores Infractores en Chiapas son 272 en el 2012 y 461 en el 2013 de los cuales solo 22 y 31 son mujeres en los respectivos años, situación similar a lo largo del país (INEGI, 2016).

Se aprende a ser joven y asumirse como hombre en las interacciones cotidianas, dentro de instituciones familiares, educativas, eclesiásticas o por los medios de comunicación, y cuando no se obtienen los resultados esperados y los jóvenes rompen las reglas sociales son recluidos en centros tutelares, espacios considerados por Goffman (1991) como realidades extremadamente persuasivas y que fungen como normalizadores.

Las desigualdades cada vez más marcadas entre las grandes metrópolis respecto a los márgenes urbanos o los poblados rurales, constituyen un imaginario político y sociocultural de esas colonias o localidades, que representan el lugar donde viven los más pobres pero además los más peligrosos, y donde se gestan los delincuentes juveniles, imaginario reforzado si observamos los lugares de donde provienen en su mayoría la población del CIEA Villa Crisol.

La criminalización de la pobreza es un proceso complejo, que engloba estas diferencias reales antes señaladas, pero que se validan a través de afirmaciones legales, penales, científicas, difundidas sobre todo por los medios de comunicación. Cualquier encabezado de una nota de la sección policiaca de un periódico o noticiero televisivo, enuncia la descripción de quien delinque, el lugar de origen y una fotografía que además de dar a conocer al delincuente, establece unaología racial y corporal de quienes viven en ciertas áreas, como son y de lo altamente criminales que pueden ser.

Estas discriminaciones de seguridad pública diferenciadas, cristalizan los guetos como espacios urbanos alejados y desconectados de la sociedad, instalados en las orillas de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, colonias asentadas en zonas de reserva ecológica o propiedades privadas invadidas, situación producto de la poca oferta de seguridad social. Sin embargo, a pesar de la influencia y la determinante del medio, los jóvenes más que verlos como sujetos influenciables, propensos a delinquir en razón de su edad, clase social y género, son sujetos capaces de generar estrategias ante estos determinismos, de reflexionar sobre su vida y su futuro para decidir una trayectoria de vida diferente o igual a la que vivieron sus padres, tíos, amigos del barrio o de pandilla.

En el CIEA Villa Crisol se encuentran jóvenes que son de ciudad o espacios cercanos a centros urbanos y los que son de otra parte del estado. Los que son de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez o han vivido ahí

generalmente pertenecen grupos o pandillas como: *Maras 13*, la *Pandilla 18*, *7Klika*, *Suren#os 13*, *Vatos Locos*, por mencionar algunos.

En este caso quienes representan mayor jerarqui#a son los *Maras 13*, que disputan el poder con la *Pandilla 18*, por lo que en el centro de reclusio#n los mantienen aislados, no pueden estar en un mismo taller o sesio#n. Estos jo#venes suelen compartir y crear una cultura del hip hop, el rap o el reggae, realizan graffiti o escriben rimas para rapear, y muestran gran intere#s en escribir sobre su condicio#n.

La corporizacio#n de sus territorios es mostrada algunas veces por medio del tatuaje, colocando en partes visibles del cuerpo el nombre de su pandilla o el nombre de su colonia. Seguido de ello el nombre de alguna mujer importante en sus vidas, su madre o alguna de sus novias. Dentro del internado existen en menor medida, jo#venes que son de comunidades indi#genas o campesinas y que son opacados por los que vienen de la ciudad o de contextos urbanos jo#venes que pertenecen a los municipios de Ocosingo, Venustiano Carranza, Tila, Pujiltic, Beneme#rito de las Ame#ricas, Simojovel, entre otros, suelen ser ma#s callados, existen relaciones de poder entre ellos mismos, pero en funcio#n de la edad o el tiempo que tengan dentro del CIEA Villa Crisol. Estos conviven perfectamente con los otros chicos de *crews* o pandillas pero existen fronteras especi#ficas de convivencia. Suelen contar ane#cdotas de vida relacionadas con el trabajo desde muy temprana edad, ma#s que de fiestas o “cotorreos” en grupo. Estas diferencias convergen con otras situaciones que si comparten casi la mayori#a, como las adicciones ya sea al alcohol, marijuana, cocai#na o inhalantes.

Ser de pandilla representa, en este contexto, una masculinidad hegemo#nica que subordina o mantiene al margen a otras, este modelo de masculinidad concreto comparte valores como la lealtad, la violencia, el liderazgo pero, sobre todo, morir por la pandilla, a la que han considerado como una nueva familia.

Significados de ser hombre en el CIEA Villa Crisol: experiencias y trayectorias

En general, uno de los prejuicios que afloran en estos contextos es pensar a los jo#venes del CIEA Villa Crisol como seres totalmente dominados y sujetos a la autoridad de guardias, psico#logos, maestros y directivos. Sin embargo, estas posiciones, convergen cotidianamente con una serie de relaciones, actividades, espacios, negociaciones, luchas y cuotas de poder.

La masculinidad en reclusio#n, implica la constante construccio#n gene#rica en un contexto particular de encierro, pero al mismo tiempo significa un momento de quiebre con el espacio pu#blico, una interrupcio#n de pra#cticas. La forma en que los jo#venes conciben su tiempo en reclusio#n es determinada por la primera experiencia al ingresar al internado:

Fue espantoso, horrible... Me dio miedo, es que teni#a yo miedo, porque pensaba que era ya de mayores, pense# que me iban a golpear, pues, ya veni#a preparado para eso, pero ponle que para que me este# golpeando otro loco pues como que no,

no me llega, pero que, eran unos mocosos tambié#n que estaban aquí# (Alberto, e1[6], mayo, 2014).

Recordar el primer momento en que entraron al CIEA Villa Crisol, significaron grandes silencios y voces quebradas para unos; para otros un momento emocionante, anecdo#tico, pero todos preparados y mentalizados para lo que podí#a pasar:

La neta se derrumbo# mi mundo, entrando aca#, en el porto#n, cuando iba subiendo, de noche, me llevaban así# (con las manos atadas por atra#s) la neta tení#a ganas de llorar, pues me dijeron que no levantara la vista. Iba yo viendo, mire# como eran los polis, habí#a unos perros ahí# y se miraba como una (ca#rcel) grande, y dije: no la neta, hasta aquí# cai# (Hugo, E3, mayo, 2014).

El principal miedo para quienes nunca habí#an ingresado, era que fuera como la “grande”, así# le llaman a los reclusorios para adultos. Quienes han sido detenidos en el momento con otros mayores de edad, son llevados directamente al CERESO El Amate no. 14, para adultos, do#nde pueden pasar di#as o meses, hasta que familiares lleven actas de nacimiento para demostrar que son menores de edad. Para algunos, ser recluidos con los amigos o compan#eros de delito significa seguridad, por lo tanto, aunque sean menores permanecen en un primer momento en el reclusorio para adultos:

De sentir no sentí# nada, nada ma#s dije, chale estoy con puros chamacos ya me habí#a adaptado a un CERESO, en la tutelar de menores, mire# todo diferente, ahí# te tienes que acatar a unas reglas, para ir a la comida tienes que entrar fajado, para ir a la escuela te tienes que ban#ar y todo tiene una regla. Los que mandan ahí# son los comandantes...te dicen haz esto, haz el otro y te cortan tu cabello, como ellos gusten, no tienes preferencia a nada, te sientes como ma#s encerrado, pues (Manuel, E9, mayo, 2014).

Esta experiencia previa a CIEA Villa Crisol, significa un capital simbo#lico muy importante, pues han estado “en la grande con los hombres”, sin necesidad de estar a la tutela de los guardias todo el tiempo, por lo tanto, se establecen relaciones diferentes ante los menores que no han estado en otro reclusorio, por eso manuel siempre se muestra seguro ante los dema#s.

Se parte de que la conformaci#n de la identidad de las personas como hombres o mujeres, la asignaci#n y el ejercicio de un ge#nero de acuerdo a un sexo, forman parte de un proceso cotidiano de reafirmaci#n, negacio#n o discusio#n de una identidad, la masculina o la femenina, en el que el cuerpo visto es un aspecto fundamental (Esteban, 2013).

Los principales espacios dentro del internado se dividen en las villas, salones de clases, un salo#n de co#mputo, el auditorio, la cancha de futbol, a#rea de visitas, talleres, salones de preparatoria y telesecundaria, campos de hortalizas, comedores, lavaderos, a#rea me#dica y villas femeniles. Los espacios que no se perciben a simple vista son las celdas compartidas, celdas de castigo, ban#os, lugares que son descritos segu#n por los jo#venes.

La cancha de fu#tbol ocupa el lugar central de convivencia y recreaci#n, es visiblemente el ma#s grande e importante dentro del penal, despue#s del auditorio. Generalmente al llegar al CIEA Villa

Crisol, si no tienen alguna otra actividad como la misa, pláticas religiosas, visitas, comida, escuela o talleres, los jóvenes se encuentran jugando fútbol o basquetbol.

Al principio parecía que era lo que más les gustaba hacer, con el tiempo se observó que las canchas son un lugar impuesto, ya que no a todos les gusta jugar algún deporte, pero socializan dentro de las canchas durante las horas de esparcimiento. Es un espacio amplio, enmallado, donde son llevados en ocasiones obligatoriamente a jugar, realizar torneos o pasar el tiempo ahí antes de ser llevados a sus celdas. Dentro del juego la posición que ocupen, lo bueno o malo que sean para jugar, el tiempo que pasen en las canchas cuando hay oportunidad y la inversión física que le dediquen al deporte, brinda cierto estatus dentro de los grupos.

Aquí no importa si son de comunidades, si son de pandillas, si están más grandes, si tiene preferencias sexuales diferentes, si se ven delicados o si se ven "fresas". Lo que importa es la presentación corporal dentro de la cancha, las habilidades que implica y la violencia con la que se cuente para realizarlo, sin llegar a golpes o peleas abiertas. Las diferencias parecen disolverse momentáneamente, hasta quedar quienes saben y quienes no saben jugar fútbol, sin embargo, es el campo principal donde se llevan a cabo luchas de poder, donde se dirime la supremacía, por ganar, por meter más goles que el otro equipo. Es decir, demostrar quién es más hombre para jugar.

Las canchas de fútbol son el espacio masculino por excelencia, existe un horario de recreación deportiva, además de hacer ejercicio constantemente, jugar fútbol es el momento en que pueden tocarse y acercarse públicamente sin ser tildados de jotos o maricas.

A la par es el momento donde pueden decirse groserías o golpearse ligeramente, sin ser abiertamente castigados. Es el momento en que en que se ponen en juego expresiones de virilidad; se demuestra la fuerza, el honor, la agilidad, la rapidez, el calculo, la temeridad, sudan, se quitan la playera después de un rato, dejan ver los pantalones o *shorts* a media cadera, sobresaliendo la ropa interior, se observan algunos tatuajes de la espalda, pecho o brazos que de otra manera permanecen invisibles, prácticas que también realizan algunas veces dentro de los salones o en los talleres. Algunas veces, otros jóvenes que no juegan solo se sientan a ver el juego, mientras hacen alguna manualidad, platican o dibujan, igualmente los policías los siguen todo el tiempo con la mirada, los observan y también se emocionan al ver goles o jugadas.

En los juegos pueden burlar al otro, quitarle el balón, retarla en la cancha, y no necesariamente por medio de golpes, aunque quizás fuera del juego se reviva la pelea. Y si se llegan a dar, hay que saber negociar o responder a las ofensas, otras veces aunque no quieran pelear, tienen que hacerlo, porque está en juego su hombriá, como lo cuenta manuel, al platicar sobre su relación con un compañero del taller, en el siguiente fragmento:

Incluso me agarre una vez con él, en la cancha, porque se mete a jugar fútbol bien pesado y me dobló mi tobillo, y le digo: aguanta pues verga; aguante verga de que, y se me viene y me quiere pegar uno en la cara, y le digo, neta, suave carnal estas

jodido de tu pie no vale, así# van a decir que soy pasado de lanza. Nel que aqui#, la verga, dice, estamos en la ca#rcel, y en la ca#rcel aqui# hasta el ma#s fuerte y el ma#s de#bil se defienden, me dice, pinche maricon. Nel no hay pedo, y me empece# a rei#r en su cara, pero lo que no me gusto# es que me digan así#, chinga tu madre o algo así#, que vaya hacia las jefas y me dijo, la neta voy a salir y voy a matar a tu jefa y que nose# que#, y chinga a tu madre, me dice, y le digo, que# onda que me dijiste di#melo en mi cara, y me dice, chinga a tu madre, y me escupe pues y me llega aca# el salivazo pues, y agarro yo, le digo, chido pues, ya me cuadre# y se cuadra, pero nel no da la talla el gordito, pero si me desconto# tambie#n (Manuel, E9, mayo, 2014).

Manuel sabi#a que el otro joven era el ma#s grande y llevaba ma#s tiempo en CIEA Villa Crisol, por lo tanto, ejerci#a cierto dominio y violencia hacia los dema#s. Ante la ofensa y la incitacio#n a pelear, manuel se niega argumentando que el otro joven esta# dan#ado de su pierna, despue#s ante la ofensa de “marico#n” haciendo alusio#n a un comportamiento femenino, visto como miedoso, vuelve a decir que no. Finalmente, al tocar el tema de la madre, es cuando se cuestiona de manera tajante el honor y la hombri#a, pues para ser hombre hay que ser lo suficiente para proteger y defender a la madre. “Cuadrarse” significa hacer frente a este tipo de ofensas y pelear, cuestio#n que se vuelve a presentar cuando Jesu#s relata sobre uno motivo de pleito con otro joven, esta vez despue#s de fallar un penal en un partido de fu#tbol:

Una vez fue porque jugamos fu#tbol y ya era la final aqui#, y esta#bamos pateando los penales y yo falle el penal y por ese penal perdimos, y hubo un chavo que me empezo# a mentar, pero toda, mi mama#, que yo era un no se# que#, que aqui# que allá#. Me deci#a, pinche colocho, porque me dicen colocho aqui#, pinche colocho no sirves para nada, por tu culpa perdimos hijo de tu pinche madre, hijo de tu aca# y pues yo eso que me dijo, allá# afuera ya lo hubiera, ahora si# que, no le hubiera pegado, pero si ya me hubiera puesto aca# de que: oye que# te pasa, pero me tranquilice#, luego luego se me vino a la mente mi mama# en lo que le prometi#, y me dice este, no que#, ahorita vas a ver que pedo y como que temblaba asi# del coraje yo, pero me acordaba de mi mama# y no le dije nada (Jesu#s, E2, mayo, 2014).

En este caso, Jesu#s, un chico que suele ser visto por los dema#s como algo “fresa”, viste con ropa de marca, adema#s imparte clases de matema#ticas a otros jo#venes por el hecho de haber cursado hasta segundo semestre de licenciatura, por lo que representa un capital a su favor. La ofensa que detona el coraje es lo que tiene que ver con su madre, pero al mismo tiempo sen#ala como su madre y su novia, le dan fuerzas para no meterse en pleitos.

Fallar en el juego algunas veces puede significar fallar como varo#n, al mismo tiempo, se vuelve el blanco perfecto para buscar pleito y reiterar su fuerza y violencia. El hecho de que sea en las canchas y el pretexto sea un juego de fu#tbol, tiene que ver con que el evento sea pu#blico, observado por toda la poblacio#n, para que sirva como ejemplo para los dema#s, es decir, la socializacio#n y el aprendizaje de la masculinidad se lleva a espacios o microespacios como los internados para adolescentes, pero se reitera a su vez en espacios preponderantemente pu#blicos y masculinos dentro del internado.

Conclusiones

Abordar las masculinidades desde los márgenes obedece a la necesidad de describir y ubicar tanto a ciertos procesos de masculinización que, si bien no escapan de modelos hegemónicos de masculinidad, representan formas subordinadas y contestatarias al modelo dominante de “ser hombre” que varían contextualmente. Considerar el contexto de reclusión como un campo que da cabida a la visibilización y la emergencia de masculinidades juveniles peculiares es una postura influenciada por el carácter de los estudios culturales latinoamericanos, orientados a valorar el contexto.

Los jóvenes que se encuentran en el CIEA Villa Crisol, son producto y productores de una sociedad que promueve abiertamente la cultura de la violencia, la corrupción, la violación, el narcotráfico, el alcoholismo, el machismo como relación genérica, pero al mismo tiempo representan una población marginada y castigada por los propios fracasos de ésta. Esta doble moral es permeable con los modelos de masculinidad. Por un lado, se promueven prácticas masculinas ligadas a la razón, evitando la violencia, al control de las emociones, a una paternidad responsable, interesada en construir relaciones equitativas. Por otra parte, es sancionado y puesto en duda un hombre que no alcanza un nivel económico alto, quien no es exitoso laboral y sexualmente, quien no es proveedor, quien no corre riesgos, quien no cumple con ciertos estándares de belleza, quien realice prácticas consideradas femeninas o no fungue como protector de familia.

La diferencia histórica de género durante los procesos de reclusión, especialmente femenina, da cuenta de que está pasando con los hombres de cierta edad y en contextos diversos. Además, son menos las mujeres que ingresan a los centros penitenciarios, pero suelen tener consideraciones u omisiones legales debido a que se considera que su naturaleza no es belicosa, delictiva o cruel; se suele argumentar que está en prisión por influencia de otras personas, guiadas por la pareja, el amor o los hijos.

Si bien a lo largo del texto se habla principalmente sobre los varones que se encuentran en el CIEA Villa Crisol, la construcción de la feminidad, los imaginarios y las relaciones con las mujeres son cruciales para comprender lo masculino, son apropiaciones que coexisten en tanto son negadas, comparadas y jerarquizadas mutuamente.

Las trayectorias de cada uno de los jóvenes, son relatos aislados, difíciles de comprender si no vaciamos aquellas imágenes simplistas reproducidas por lógicas sociales fundamentadas en la penalización y criminalización de la juventud o la pobreza. Las experiencias individuales experimentadas, como las denomina Bourdieu (1993), explican y obedecen a sucesos institucionales, económicos, políticos y culturales múltiples, son claves para comprender la realidad social construida día a día.

Precisamente, la construcción de un tipo de masculinidad que ha naturalizado la violencia, la fuerza y el poder como una disposición

innata de los varones, socializació#n encaminada a demostrar la virilidad en funció#n de estos valores, tiene relació#n directa con las altas cifras de criminalidad y delincuencia por parte de varones a diferencia de las mujeres. Sin embargo, los contextos determinan de manera diferente estas relaciones.

Los jo#venes que se encuentran recluidos han cometido delitos en funció#n de campos simbo#licos de la masculinidad, tales como violació#n sexual, homicidio a co#nyuges por infidelidad o a quien se considera enemigo. Muchos de ellos se encuentran por amenazas, golpes o robo, tambié#n por pertenecer a grupos delictivos encargados de distribuir drogas o armas. Estas pra#cticas implican adquisició#n de poder, de virilidad, de respeto que los coloca en una posició#n de proveedor, dominante y respetable.

Por lo consiguiente, para un tipo de masculinidad juvenil marginada pero al mismo tiempo hegemo#nica en otros espacios, el paso por la prisio#n representa parte de los sentidos de una masculinidad juvenil que pertenece a contextos urbanos de estratos sociales medios y bajos. Estas masculinidades operan desde posiciones al lí#mite de una clase social, de una posició#n econo#mica, de una generació#n, de posibilidades educativas y de los significados socialmente aceptables de lo que es ser hombres.

Estos procesos de marginació#n y subordinació#n son reproducidos hacia otras masculinidades, desvalorizadas por pertenecer a contextos rurales o indi#genas, por ser parte de una clase socioecono#mica distinta, por resaltar aspectos femeninos, orientació#n sexual diferente o bien no aceptar ninguna designació#n de ge#nero, por ser padres de familia a temprana edad, lo que significa la entrada al mundo adulto.

En otros casos, subordinan a quienes consideran desprotegidos o de#biles en este contexto, como alguien que demuestra miedo al entrar, porque son menores de edad, por su lengua originaria, por desconocer el lenguaje y co#digos comunes entre ellos, de quien hable abiertamente su orientació#n gene#rica, de quien tenga pra#cticas homoero#ticas solo por placer o de quienes no demuestren fuerza.

Del mismo modo, pueden ser co#mplices o representantes de otras masculinidades hegemo#nicas como la figura de quienes se dedican al crimen organizado, si bien no comparten las mismas posiciones sociales y econo#micas, se comparten ciertos campos culturales simbo#licos. De estas masculinidades no se consideran dominados o amenazados por esta forma de ser hombre, sino que incentivan o se convierten en un referente de una masculinidad hegemo#nica que opera desde la marginalidad.

Estas pra#cticas y experiencias en el CIEA Villa Crisol se reproducen de manera peculiar pero siempre en conexió#n con imaginarios culturales ma#s amplios, conformando o reformando una concepció#n global de masculinidad, son estructuras abiertas a cambios, a rupturas que dan paso a una reconstrucción masculina.

Cualquier polí#tica o estrategia destinada a atender problema#ticas relacionadas con ge#nero y juventud, debe partir de que las constituciones de ge#nero son determinadas por las trayectorias y las experiencias de vida;

debe pensarse en masculinidades plurales que se encuentran en diferentes posiciones y que son circunstanciales.

La prevenció#n antes que la penalizació#n hacia los jo#venes que delinquen en algu#n momento de sus vidas, deber ser prioridad para quienes consideremos lo cultural como procesos de sentidos, significados y esquemas de acció#n.

Referencias

- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominació#n masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 1993. *La miseria del mundo*. Madrid: Fondo de Cultura Econo#mica.
- Bourdieu, Pierre. 1990. *Sociologi#a y cultura*. me#xico: Grijalbo.
- CONEVAL. 2014. Consejo Nacional de Evaluació#n de la Poli#tica de Desarrollo Social. Medicio#n de la pobreza en Me#xico y en las Entidades Federativas http://www.coneval.org.mx/medicion/mp/paginas/pobreza_2014.aspx. (25 de septiembre de 2016).
- Connell, Robert. 1997. La organizació#n social de la masculinidad. en *Masculinidades, poder y crisis*, compilado por Teresa Valde#s y Jose# Olavarri#a Santiago, Chile: FLACSO, 31-48.
- De Barbieri, Teresita. 1992. Sobre la categorí#a ge#nero. Una introducció#n teo#rico metodolo#gica. En *Fin de Siglo. Ge#nero y cambio civilizatorio*. santiago: Isis Internacional, 111-128.
- Esteban, Mari. 2013. *Antropologí#a del cuerpo. Ge#nero, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Feixa, Carles. 1988. *La tribu juvenil. Una aproximació#n transcultural a la juventud*. Torino: Edizioni l #Occhiello.
- Foucault, Michel. 2012. *El poder, una bestia magní#fica: sobre el poder, la prisio#n y la vida*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2011. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. Me#xico: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2007. *El nacimiento de la biopolí#tica*. buenos aires: Fondo de cultura econo#mica.
- Foucault, Michel. 2002. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisio#n*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 1979. *Microfí#sica del poder*. Madrid: La Piqueta
- Goffman, Erving. 1991. *Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin*. Barcelona: Paido#s.
- Goffman, Erving. 1963. *Stigma. Notes on the management of spoiled identity*. London: Penguin Books.
- Gutmann, Matthew. 1998. Traficando con hombres: la antropologí#a de la masculinidad. Red Iberoamericana y Africana de Masculinidades. <http://www.redmasculinidades.com> (20 de enero de 2014).
- INEGI. 2016. Encuesta Nacional de Victimizació#n y Percepció#n de Seguridad Pública. Me#xico. <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/encogares/ regulares/envipe/2016/>. (25 de septiembre de 2016).
- INEGI. 2015. Anuario Estadí#stico y Geogra#fico por Entidad Federativa 2015. http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_se

- rv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/aeGpeF_2015/702825077297.pdf. (25 de septiembre de 2016).
- INEGI. 2014. Encuesta Nacional de Victimizaci#n y Percepcio#n de Seguridad Pu#blica. Me#xico.
- INEGI. 2012. Instituto Nacional de Estadi#stica y Geografi#a. Instituto Nacional de Estadi#stica y Geografi#a. <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/rutinas/glogen/default.aspx?t=ehenoe>. (19 de octubre de 2013).
- IMJUVE. 2011. Resultados de Encuesta Nacional de Juventud 2010 http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/encuesta_nacional_de_Juventud_2010_-_resultados_Generales_18nov11.pdf (19 octubre de 2013).
- Kimmel, Michael. 1992. La produccio#n teo#rica sobre la masculinidad: nuevos aportes. en *Fin de Siglo. Ge#nero y cambio civilizatorio*. Santiago: Isis Internacional, 129-138.
- Kimmel, Michael. 1997. Homofobia, temor, vergu#enza y silencio en la identidad masculina. en *Masculinidades, Poder y Crisis*, editado por Teresa Valde#s y Jose# Olavarri#a. Santiago: FLACSO, 49-61.
- Ley del Sistema Integral de justicia para adolescentes en el estado de Chiapas (2015). https://www.sspc.chiapas.gob.mx/leyes/federal/ley_Federal_de_Justicia_para_adolescentes.pdf (25 de septiembre de 2016).
- Lo#pez, Marti#n de la Cruz. 2010. *Hacerse hombres cabales. Masculinidades entre tojolabales*. Tuxtla Gutie#rrez: UNICACH.
- Miranda, Luis y Gustavo Vargas. 2012. La fotografi#a como herramienta de comunicaci#n para la inclusio#n y el desarrollo social de los jo#venes internos de Villa Crisol. Tesis de Licenciatura en Comunicaci#n, Tuxtla Gutie#rrez, Chiapas.
- Rubi#n, Gayle. 1986. El tra#fico de mujeres: notas para una economi#a poli#tica del ge#nero. *Nueva Antropologi#a*, 30 (8): 95-145.
- Sagarra, Marta y Angels Carabi#. 2000. *Nuevas Masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Scott, Joan. 1996. El ge#nero, una categori#a u#til para el ana#lisis histo#rico. En *El ge#nero la construcci#n cultural de la diferencia sexual*, compilado por Martha Lamas. Me#xico: PUEG-Porrut#a, 265-302.
- Szurmuk, Mo#nica y Robert McKee. 2009. *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. Me#xico: Siglo XXI.
- Urteaga, Eguzki. 2011. Historia reciente de los estudios culturales. *Historia Contemporanea*, 36 (1): 219- 259.
- Urteaga, Maritza y Mauricio Sa#enz. 2010. Juventud, ge#nero y sexualidad. en *Ge#nero, cultura, discurso y poder*, compilado por Dalia Barrera Bassols y Rau#l Arriaga Orti#z. Me#xico: ENAH/INAH, 281-311
- Valenzuela, Jose#. 2009. *El futuro ya fue. Socioantropologi#a de l@s jo#venes en la modernidad*. Me#xico: Colegio de la Frontera norte.
- Wacqu#ant, Lo#ic. 2004. *Las ca#rceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- Zebadu#a Carbonell, Juan Pablo. 2009. *Culturas Juveniles en contextos globales: cambio y construcci#n de identidades*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

Notas

- 3 Una categori#a anali#tica que reu#ne una serie de metodolog#as y bagajes teo#ricos dedicados al estudio de las construcciones sociales de lo femenino y lo masculino, de acuerdo a un sexo dado.
- 4 En los arti#culos 6, 7 y 8 de la Ley del Sistema Integral de Justicia para adolescentes en el estado de Chiapas, se establecen 12 an#os como la edad mi#nima y 18 an#os como la ma#xima para ingresar al internado, sin embargo, “la edad a considerar sera# la que teni#a la persona al momento de realizar la conducta tipificada como delito,” por tanto puede ingresar hasta los 25 an#os siempre que el delito que se le acusa haya sido cometido antes de la mayori#a de edad.
- 5 Se usara# DC, para referirse al Diario de Campo de los investigadores, seguido por la fecha de registro.
- 6 Se usara# E1 para referirse al nu#mero de entrevista realizada por fecha y se cambiaran los nombres por seguridad de los jo#venes entrevistados.